

LA EDAD DEL ANTICRISTO Y EL AÑO
DEL FIN DEL MUNDO, SEGÚN FRAY
VICENTE FERRER.

José Guadalajara

La muerte de fray Vicente Ferrer en Vannes, acaecida en el año 1419, puso cierre a una intensa actividad predicadora que el fraile dominico había iniciado poco tiempo después de su célebre visión de Aviñón en 1398. Sus pasos, seguidos por multitudes y por un séquito de disciplinantes que acrecentaban el efecto penitente de sus sermones, le habían conducido por numerosas ciudades, burgos y villas del sur de Europa, en donde, entre otros motivos propios de su predicación, había insistido en su creencia de un próximo final de los tiempos. Esta idea, y la reiterada expresión con que la manifestaba: "cito, bene cito ac valde breviter", o la romance "aýna e mucho aýna e mucho en breve", constituye una atrevida afirmación de imprevisibles consecuencias que difundió a través de un notable conjunto de sermones, predicados, en su mayor parte, en la segunda década del siglo XV¹.

El pensamiento vicentino sobre la irrupción inmediata del Anticristo no es, como puede suponerse, una novedad para esta época, ya que una larga tradición, que arrancaba de una interpretación simbólica de varios textos de la Biblia (Daniel, Pablo en su segunda epístola a los tesalonicenses, los Evangelios y el Apocalipsis, principalmente), había sembrado de predicciones, terrores y esperanzas milenaristas las tierras de Europa durante el medievo, agobiadas por tribulaciones de todo signo y ante las cuales se abría un horizonte de fabulosas expectativas². El reino de Aragón mismo, al que por nacimiento pertenecía Vicente Ferrer, mostró un vivísimo interés por la profecía política y escato-

¹ Pertenece a este conjunto todo el ciclo sermónístico del Anticristo y el fin del mundo, predicado en diversas localidades del reino de Castilla durante su viaje apostólico por estas tierras (véase nota 6). Otro sermón sobre esta materia, además de los que cito en el cuadro transcrito más adelante, es el que pronunció en Morella con el *thema* *Erunt signa in sole, et stellis* (véase nota 31), versión del sermón toledano con *thema* *Creatura liberabitur a servitute corruptionis*.

² Entre la numerosa bibliografía que se ha ocupado de los movimientos apocalípticos, de la venida del Anticristo y el fin del mundo en la Edad Media destaco la obra de Norman Cohn, *En pos del milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 3ª ed., así como la de Richard Kenneth Emmerson, *Antichrist in the Middle Ages. A Study of Medieval Apocalypticism, Art and Literature*, Manchester, University Press, 1981. Véase también mi libro *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1996, que ofrece un estudio de los orígenes y difusión de estas ideas en Europa y, sobre todo, de su reflejo en los autores hispánicos.

lógica, tal como pone en evidencia el nutrido corpus de vaticinios, en su mayor parte anónimos, que catalogó hace años Pere Bohigas y Balaguer³. Autores de la talla de Arnaldo de Vilanova, convencido de la aparición inminente del Anticristo en su época, al que debemos, entre otras obras, una *Expositio super Apocalipsi* y un *Tractatus de tempore adventus Antichristi et fine mundi*⁴, son un ejemplo importante de la hondura con que en espíritus sensibles habían arraigado estas preocupaciones.

También en el vetusto reino de Asturias la exégesis de Beato de Liébana al Apocalipsis se convirtió en materia pictórica para miniaturistas que, desde el siglo IX al XIII, lo ilustraron con escenas de inquietantes figuras, y propalaron así, entre un público selecto, la imaginería representativa de los últimos tiempos⁵. La sociedad castellana, sobre todo la del siglo XV, en cuyas ciudades y pueblos había predicado Vicente Ferrer durante los años de 1411 y 1412⁶, conectó con este oscuro ambiente profético, en donde las versiones del *Vade mecum in tribulatione* de Juan de Rupescissa circularon a la par que otros vaticinios semejantes, como el del anónimo autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo* o el del enigmático fraile del *Sancti Spiritus*, Juan Unay el alemán⁷.

No es, por consiguiente, Vicente Ferrer un caso singular en estos predios, por más que resulte algo extraño que un fraile dominico pusiera tanto empeño y pasión en demostrar una idea, la realidad del nacimiento del Anticristo, que más bien parecía un sueño de iluminados y no un asunto recomendable a un circunspecto hombre de la Iglesia. La actitud cauta y prudente de la jerarquía eclesiástica sobre materia apocalíptica no presuponía, sin embargo, un radical rechazo de este tipo de especulaciones, aunque sí una renuncia total al conocimiento exacto, o más o menos preciso, de cuándo había de producirse el profetizado ocaso de los tiempos. En este sentido, las palabras contenidas en los

³ "Profecies catalanes dels segles XIV i XV. Assaig bibliogràfic", *Bulletí de la Biblioteca de Catalunya*, VI, 1925, pp. 24-49 y "Profecies de Merlí. Altres profecies contigudes en manuscrits catalans", VIII, 1028-1932, pp. 253-279, en la misma revista que el primer artículo citado. El libro clásico de José M^a Pou y Martí, *Visionarios, beguinos y fraticelos catalanes (siglos XIII-XV)*, Vich, Editorial Seráfica, 1930 (reed. en 1991 con notable introducción por Ana Mary Arcelus Ulibarrena) ofrece también, de alguna manera, el ambiente profético y de inquietud religiosa que, en línea con las ideas joaquinistas, se vivió en este período en el reino de Aragón.

⁴ Ed. respectivamente por Joaquín Carreras y Artau, *Corpus philosophorum mediæ aevi*, Barcelona, Institut d'estudis catalans, 1971 y por Heinrich Finke (fragmentos), *Aus den Tagen Bonifaz VIII: Funde und Forschungen Vorreformationsgeschichtliche Forschungen*, 2, Münster, Aschendorff, 1902. Este último puede consultarse en la edición completa y más reciente de J. Perarnau i Espelt, en *Arxiu de textos catalans antics*, 1988-1989, pp. 7-295.

⁵ Véase el catálogo de estos códices a cargo de Anscari M. Mundó y Manuel Sánchez Mariana, reproducido en el libro *Los Beatos*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1986, pp. 99-126.

⁶ Pedro M. Cátedra, "La predicación castellana de San Vicente Ferrer", *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXIX, 1983-1984, pp. 235-309 y *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994.

⁷ Del *Vade mecum* se conservan en castellano al menos tres versiones: ms. 9-2176, BRAH, ff. 1r.-13v.; ms. 18 de la Catedral de Oviedo, ff. 318r.-328r. y ms. 1877, Biblioteca Universitaria de Salamanca, ff. 237v.-251v. (reproduzco la primera de estas versiones en mi libro *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*). El *Libro del conocimiento del fin del mundo*, considerado anónimo hasta la fecha, y el *Libro de los grandes hechos* de Juan Unay (transcritos también por mí en la obra citada) están preservados respectivamente en el ms. 9-2176, BRAH, ff. 14r.-29v. y en el ms. 8586, BNM, ff. 1-30r. (de éste hay otras versiones más modernas: ms. 6176, BNM, ff. 231v.-247r.; ms. 1779, BNM, ff. 40r.-50r., además de una versión parcial del mismo en el ms. 6149, BNM, ff. 224r.-228r. y de un texto impreso en Valencia en el año 1520).

Evangelios de Mateo y Marcos: "De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mat. 24.36)⁸, ejemplifican de forma inequívoca la postura oficial de la Iglesia en asuntos relativos a escatología, conforme lo había expresado ya en el siglo V Agustín de Hipona⁹. Una muestra práctica de esta conducta ortodoxa se descubre en la condena que un congreso de eclesiásticos emitió en Tarragona en 1316 contra algunas de las obras de Arnaldo de Vilanova, en donde sus opiniones sobre la inmediatez de la venida del Anticristo quedaban absolutamente censuradas¹⁰. Quizá, también las amistosas advertencias epistolares que Juan Gerson dirigió a Vicente Ferrer desde el Concilio de Constanza en 1417, aunque de modo directo no estuvieran orientadas contra estas ideas, podrían expresar de manera tácita ciertas reticencias respecto a su predicación del fin del mundo¹¹. Este pensamiento, al cual se entregó el fraile dominico durante muchos años de su vida, se ofrecía aureolado además de un componente de carácter sobrenatural, ya que el mismo Vicente Ferrer se consideraba como uno de los tres heraldos divinos que, según se recoge en el Apocalipsis, serían enviados antes de los sucesos que precederían a los últimos tiempos. Esta solemne proclama vicentina, efectuada al final del primer sermón que predicó en 1412 en Salamanca¹², sirve también de indicio para comprender la profundidad que habían alcanzado sus convicciones apocalípticas, cuyo origen en el tiempo y su verdadera naturaleza son imposibles de fijar con exactitud. Tal vez, pueda afirmarse que, al menos hacia 1380, es decir cuando contaba unos 30 años de edad y hacía unos trece que había profesado en la orden dominicana, estimaba ya muy próxima la venida del "hijo de perdicción". En una de sus primeras obras, *De moderno Ecclesiae schismate*, libro escrito en defensa de la legitimidad del papa Clemente VII y alejado, por tanto, de cualquier conato escatológico, se encuentran ciertos atisbos que parecen advertirnos ya del pensamiento de Vicente Ferrer sobre esta materia. Una sucinta referencia, surgida al expresar su opinión acerca del valor que debía concederse a las profecías y visiones de su tiempo, deja al descubierto unas palabras que debemos apreciar con toda atención para estimar el alcance de su significado en este contexto. Se trata de un breve comentario en el que descubre una idea axial de sus planteamientos finalistas: la proximidad de la aparición del Anticristo, cuya inmediata irrupción en el mundo proclamaría posteriormente en sus sermones con una fijeza que rayaba en obsesiva¹³. En otra de sus obras, el tratado *De vita spirituali*, escrito hacia el año 1394, dedica un capítulo a los posibles "remedios contra algunas tentaciones que vendrán con el Anticristo", que, aunque no contenga ninguna

⁸ Véase también Mc. 13.32. Cito por la versión de la Biblia efectuada por Eloíno Nacar y Alberto Colunga, Madrid, B.A.C., 1962, duodécima edición. La *Vulgata* transcribe así las palabras del apóstol Marcos: "De die autem illo vel hora nemo scit, neque angeli in caelo, neque Filius, nisi Pater" (ed. Alberto Colunga y Laurentio Turrado, Madrid, BAC, 1982, 6ª ed.).

⁹ *De civitate Dei*, libro XVIII, cap. LIII.

¹⁰ "In omnibus enim istis de propinquo adventu Anticristi et determinatio tempore finis mundi temerarie et erronee locutus est contra Scripturam Sacram et doctores ejus sive expositores..." (Transmitido por Pou y Martí, que a su vez lo toma de J. Villanueva en su *Viaje literario a las Iglesias de España*, ob.cit., p. 44).

¹¹ Para la edición de esta carta véase Adolfo Robles Sierra, "Correspondencia de San Vicente Ferrer", *Escritos del Vedat*, XVII, 1987, pp. 212-214.

¹² Editado por Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 631-633.

¹³ El conciso comentario es el siguiente: "nosotros estamos más cerca del tiempo del anticristo", según la edición que de esta obra realizaron José Mª de Garganta y Vicente Forcada, *Biografía y escritos de San Vicente*, Madrid, BAC, 1956, p. 448.

mención de relevante interés para estimar el grado en el que se encontraban entonces sus especulaciones escatológicas, sí suministra, al menos, una cierta información que permite intuir cómo el Anticristo ocupaba ya un lugar notable en su pensamiento¹⁴. No escribió Vicente Ferrer ningún tratado teórico sobre apocalíptica, como hicieron, desde diferentes perspectivas, Arnaldo de Vilanova, Juan de Rupescissa, Juan Unay o, ya al filo del siglo XVI, el aragonés Martín Martínez de Ampíes; sin embargo, esta ausencia de un escrito teórico, pensado exclusivamente para divulgar sus ideas sobre el Anticristo y el fin del mundo con la calma que otorga una lectura reflexiva y personal, no va en detrimento de la solidez de su sistema escatológico ni de la comprensión pormenorizada del mismo, puesto que, por medio de su acción apostólica, pudo difundir en diversas geografías la totalidad de estas arraigadas creencias. Con posterioridad, los informes elaborados al calor de su predicación y los sermonarios manuscritos o impresos han hecho las veces de esos tratados teóricos que, según parece, nunca redactó Vicente Ferrer para plasmar en ellos una exhaustiva exposición de sus planteamientos en torno al ocaso de los tiempos. Sólo un texto latino, la epístola que desde Alcañiz envió a Benedicto XIII en julio de 1412¹⁵, reviste en apariencia las características de una realización sistemática, si bien es cierto que se trata de la reelaboración de un sermón que, con el *thema Reminiscamini quia Ego dixi vobis*, había pronunciado en Toledo un año antes¹⁶. La forma epistolar, lo mismo que la estructura sermonística, no imposibilitan el rigor argumentativo de la exposición ni la estima de estos escritos como si de auténticos tratados teóricos se tratase, algo parecido a lo que, en efecto, sucedió con Adso de Montier desde el siglo X, cuya carta a la reina Gerberga, conocida también como *Libellus de Antichristo*, fue, al mismo tiempo que iba perdiendo su condición epistolar, "la última palabra sobre la materia durante toda la Edad Media"¹⁷. No precisaba fray Vicente Ferrer, por otra parte, de un escrito que sintetizara su ideal apocalíptico, pues sus propios sermones sobre este asunto, predicados a multitudes, dejaban bien explícito su mensaje. La claridad de éste no impide, a pesar de todo, que ciertas preguntas sobre sus verdaderas intenciones rondan por nuestra cabeza y se instalen en ella con un ligero aire de incertidumbre, sobre todo cuando el fraile dominico proclama con tanta insistencia la cercanía del Anticristo, que, como él afirma, ha nacido ya en el mundo. ¿Qué motivos, me pregunto, laten en el fondo de esta aseveración? ¿Se trata de una sólida creencia o más bien de un argumento teológico de carácter moralizante y doctrinal? ¿Qué debe este pensamiento a una práctica habitual de la predicación, basada en lo que podemos denominar "terror didáctico"? Es indudable que las dos últimas posibilidades se perciben

¹⁴ *Ib.*, pp. 530-532.

¹⁵ Ha sido publicada en varias ocasiones, vg. Francisco Vidal y Micó, en *Vida del valenciano apóstol de Europa San Vicente Ferrer, con reflexiones sobre su doctrina*, Valencia, 1857, pp. 579-587; H.D. Fagès, *Notes et documents de l'Histoire de Saint Vicent Ferrier*, Louvain-Paris, 1905, pp. 213-224. Versiones catalanas de esta carta, índice de su difusión, circularon también en esta época; así, por ejemplo, entre otras, el fragmento editado por M. Betí, "Littera missa sanctissimo in Christo Patre et Domino, Domino Benedicto Papa XIII", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1922, pp. 156-157, reproducido por Adolfo Robles Sierra, *ob.cit.*, pp. 193-195.

¹⁶ Ed. Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 561-573.

¹⁷ Norman Cohn, *En pos del Milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 3ª ed., p. 77. La obra de Adso de Montier, en sus diferentes versiones medievales, puede consultarse, además de la *Patrología Latina*, vol. CI, cols. 1289-1298, en D. Vershelst, *De ortu et tempore Antichristi, Corpus christianorum, continuatio medievalis*, XLV, Turnholti, Brepols, 1976.

con claridad en los sermones de Vicente Ferrer, como podremos comprobar fácilmente sin necesidad de tener que recurrir a citas dispersas de su corpus sermonístico. En una de estas piezas oratorias del ciclo del Anticristo, el *Sermón segundo del quemamiento del mundo*, se refiere el predicador valenciano a las "tres bondades" que resultan de propalar la llegada inminente de los tiempos finales: el menosprecio del mundo, la obediencia de los mandamientos y el propósito de confesión, el cual las gentes "non lo farían si non sopiesen esto"¹⁸. Sin embargo, además del cumplimiento de estos dos objetivos de su misión apostólica, ¿debe admitirse por sí misma, sin necesidad de motivaciones secundarias, la idea básica de su escatología? No faltan razones que confirman esta creencia obsesiva de Vicente Ferrer, cuyo fundamento radica en un análisis de la degradada sociedad contemporánea, que, en la más pura ortodoxia apocalíptica, se presenta en un estado lamentable donde anidan los vicios y pecados, síntoma evidente de que el final está próximo¹⁹.

Respecto a la veracidad de esta idea, lo que anularía, por otra parte, que ésta fuera tan sólo una excusa argumental para conseguir los otros dos propósitos, sobre todo, el principio moralizante y doctrinal, reviste singular importancia la citada epístola que remitió a Benedicto XIII, en donde, sin ambages y abiertamente, le declara: "tempus Antichristi, et finis mundi erunt cito, et bene cito, ac valde breviter"²⁰. Si esta conclusión no hubiera estado arraigada con firmeza en la mente de Vicente Ferrer o fuera nada más que un móvil predicatorio, resultaría inverosímil y absurdo suponer que se la hubiera comunicado al papa Luna en estos términos, teniendo en cuenta lo atrevida que podía resultar una declaración de este tipo en boca de un fraile, pues, como he señalado más arriba, la cauta actitud de la Iglesia se atenía en este asunto a una interpretación literal de las palabras del Evangelio (Mt., 24.36 y Mc., 13.32). De haberla considerado sólo el predicador dominico como un excelente medio de persuadir a las trémulas gentes, se lo habría declarado al papa, algo que no hace en ningún momento de la carta, que, por el contrario, se orienta aún más en la dirección emprendida, es decir, en confirmar con diferentes argumentos esta creencia esencial de su pensamiento escatológico. Así, consciente incluso de los problemas de acogida que planteará esta idea, concluye, no obstante, confirmando la brevedad con que vendrán el Anticristo y el fin del mundo, algo que, como él mismo escribe, "certitudinaliter, ac secure praedico ubique"²¹.

Sin duda, las incómodas y tópicas palabras del Evangelio acerca del desconocimiento de la consumación (utilizadas, como ya he advertido anteriormente, por Agustín de Hipona) debieron perturbar esta terminante conclusión de

¹⁸ Este sermón, incluido en el código 294 de la RAE, ha sido editado también, junto con los otros que conforman este conjunto, por Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 589-597. Un ejemplo típico de "terror didáctico" se encuentra más adelante en este mismo sermón (p. 593), cuando el propio Vicente Ferrer advierte que la penitencia que harán los pecadores en los tiempos últimos estará motivada por el miedo al infierno. Otro sermón, ajeno a este ciclo, recoge esta misma idea: "Per lo contrari, quan serà nat Antecrist, és mester que es manifeste; si no, seria ocasió de pecat: car, sabent-ho, faran penitència [...] així, nat Antecrist, dóna terror", *Sermons de Quaresma*, introd. M. Sanchis Guarner, Valencia, Albatros, 1973, p. 131.

¹⁹ Véase, para este aspecto, el *Sermón segundo del Antecristo*, en donde se exponen los motivos por los que Dios permitirá que intervenga el Anticristo en el mundo. De mayor importancia es el que lleva por *thema* *Ecce positus est hic in ruinam*, que, aunque ofrezca algunos problemas de atribución al fraile dominico, es el que mejor recoge las causas del cercano final: "descaymiento de la vida spiritual", "descaymiento de la dignitat ecclesiastical" y "descaymiento de la fe catholical". Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 547-559 y 635-660.

²⁰ Ed. Francisco Vidal y Micó, *ob.cit.*, p. 584.

²¹ *Ib.*, p. 587.

Vicente Ferrer; quizá por ello, tanto en la carta a Benedicto XIII como en el sermón que sirve de base a ésta, incluye una exégesis personal de esta expresión evangélica que, al igual que hizo Arnaldo de Vilanova al encontrarse con esta misma cita bíblica, pretende justificar su contumaz e inalterable opinión sobre los tiempos últimos²². La cercanía de éstos no es una mera anécdota de su predicación ni un lugar común carente de significado real; tampoco es una alusión esporádica o un motivo exclusivo de sus sermones sobre el Anticristo, porque, como puede apreciarse en otras piezas oratorias ajenas a este ciclo, la mención de esta proximidad del fin y la clásica repetición de los términos léxicos que la acompañan (me refiero al "aýna, mucho aýna...", *vid.* más arriba), suelen descubrirse de vez en cuando en otros sermones conservados de Vicente Ferrer²³.

Por lo tanto, a la luz de pruebas tan abrumadoras, debe considerarse la actitud del predicador valenciano como un indicio certero del pensamiento que bullía en su interior, absolutamente impregnado de una idea que se me antoja irracional y extraña, tal vez comprensible desde una situación que no alcanzo a vislumbrar con claridad, pero impropia de quien había demostrado un juicio cabal ante los diversos problemas religiosos y políticos de la época²⁴.

El extremismo de tales creencias apocalípticas tocaría aún en un punto más delicado y sorprendente, pues, al carácter impreciso de las repetidas palabras de Vicente Ferrer sobre la cercanía del fin del mundo y del Anticristo, habrá que añadir otra confesión inaudita, reiterada a lo largo de los años con una coherencia de pensamiento que confirma la autenticidad de sus declaraciones. A partir de aquí, en consonancia con el título que preside este estudio, analizaré esta vertiente de la escatología vicentina, cuya razón última descansa en la creencia de que el Anticristo era en su época un infante que poco a poco se iba convirtiendo en adulto.

Antes de analizar los aspectos que se derivan de este planteamiento, voy a recoger por orden cronológico el breve conjunto de textos que he localizado, en donde Vicente Ferrer inserta una mención a la edad contemporánea del Anticristo. El conocimiento de ésta no implica solamente la satisfacción de una curiosidad o el regusto erudito por un detalle anecdótico, sino que, por sus consecuencias, representa un efectivo componente moral y es, además, un

²² La explicación de Arnaldo de Vilanova sobre Mateo 24.36 puede encontrarse en la *Primera denuncia del obispo de Gerona*, escrita contra Bernardo de Puigcercós entre 1303 y 1304; ha sido editada por Elena Cánovas y Félix Piñero, *Escritos condenados por la Inquisición*, Madrid, Editora Nacional, 1976, pp. 89-102 (el comentario en cuestión, en pp. 94-97). La argumentación vicentina sobre el texto evangélico se desarrolla en la carta a Benedicto XIII, *ed. cit.*, pp. 580-581 y en el sermón con *thema Reminiscamini quia Ego dixi vobis* (véase nota 16), pp. 563-564.

²³ Así sucede en un sermón predicado en 1413 (véase M. Sanchis Sivera, *ob. cit.*, p. 170). También, como una muestra más, en dos sermones editados por J. Sanchis Sivera, *Sermons*, Barcelona, Barcino, 1971, vol. II, pp. 159 y 162-163.

²⁴ No es el momento de extenderse en estos detalles, ya que las numerosas biografías dedicadas a Vicente Ferrer recogen perfectamente su actividad como hombre de su tiempo: intervención en el cisma, compromisario en Caspe, relaciones con la casa real aragonesa, etc. Algunos libros y artículos se han dedicado al estudio de estos aspectos, vg. J. Zunzunegui, "La legación en España del cardenal Pedro de Luna (1379-1380)", *Xenia Piana, Miscellanea Historiae Pontificiae*, 7, Roma, 1943, pp. 83-137; Francisco de Paula Momblanc, *Influencia política de san Vicente Ferrer, Apunts històrics*, Valencia, 1919; Francisca Vendrell, "La actividad proselitista de san Vicente Ferrer durante el reinado de Fernando I de Aragón", *Sefarad*, 13, 1953, pp. 87-104; J.E. Martínez Ferrando, "San Vicente Ferrer y la Casa Real de Aragón", *Analecta Sacra Tarraconensia*, XXVI, 1953, pp. 1-153 y J. Martínez Ortiz, "Relaciones entre san Vicente Ferrer y el Municipio de Valencia", *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, II, Barcelona, 1970, pp. 571-631.

indicador infalible, según los cálculos tradicionales de procedencia bíblica²⁵, de cuándo habrá llegado el instante de la conflagración definitiva. Como he escrito más arriba, ofrezco ahora una relación de los textos en los que se menciona este dato e indico también otros detalles suplementarios con el fin de facilitar la localización del escrito, así como una visualización rápida de todo el conjunto²⁶:

ESCRITO	LUGAR DE PREDICACIÓN O ESCRITURA	DATACIÓN	EDAD DEL ANTICRISTO
1. <i>Reminiscamini quia Ego ...</i>	Toledo	8 julio 1411	8 años
2. <i>Hodie est et cras ...</i>	Ayllón	24 sept. 1411?	8 años
3. <i>Prope est regnum Dei</i>	Illescas o Valladolid	9 dic. 1411	8 años y medio
4. <i>Carta a Benedicto XIII</i>	Alcañiz	27 julio 1412	9 años
5. <i>Prodigium et signum fecit ...</i>	Albi	12 junio 1416	14 años

Observando este cuadro, se verifica, en su mayor parte, la congruencia temporal entre la fecha de los sermones o la carta y la edad correspondiente asignada al

Anticristo en cada caso. Sólo en el escrito catalogado con el nº 5 se produce un error en apariencia relevante, ya que, en consonancia con el día, mes y año en los que este sermón fue predicado y en su relación con los anteriores, la edad del Anticristo en ese instante debería corresponderse con la de trece años y no con la de catorce. No me ha sido posible consultar directamente el ms. 279 de la biblioteca catedralicia valenciana que lo contiene con el fin de corroborar la fidelidad en la transcripción de este dato por parte de su editor moderno, aunque, si rechazamos este hipotético descuido editorial, el desfase en un año podría explicarse también por otras causas. La coherencia de pensamiento de Vicente Ferrer en aspectos de este tipo parece exculparle de un eventual lapsus memorístico, si bien no hay que descartarlo del todo; tampoco es demasiado

²⁵ La existencia del Anticristo, como contrafigura de Cristo, está supeditada a los mismos años que duró la vida de éste, es decir, treinta y tres años. En los textos bíblicos de Daniel, 7.25 y 12.11-12, y del Apocalipsis, 11.3, 12.14 y 13.5, se encuentran las referencias básicas sobre la duración de su reinado y los días que, una vez muerto el Anticristo, restarán para el fin del mundo.

²⁶ La datación de estos sermones se hace de acuerdo con el tiempo del año litúrgico en que fueron predicados o con los informes coetáneos, que, como la *Relación a Fernando de Antequera*, suministran los datos precisos para fechar algunos de ellos. En otros casos, me he basado en la cronología que este citado investigador, el cual sigue de cerca el ms. del Colegio del Corpus Christi de Valencia, propone para los nºs. 2 y 3 de este catálogo; así como en el artículo de Martín de Riquer, "Fecha y localización de algunos sermones de san Vicente Ferrer", *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 30, 1963-1964, pp. 151-168, para el sermón nº 5. La carta a Benedicto XIII no plantea ninguna dificultad de datación, ya que ha sido fechada por el mismo Vicente Ferrer. Para la edición de estos textos, excepto para los que ya he citado, puede consultarse Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 579-597 (*Hodie est et cras...*); *Opera omnia*, Valencia, 1693, t. I, pp. 86-90 (*Prope est regnum Dei*) y J. Sanchis Sivera, *ob.cit.*, pp. 197-208 (*Prodigium et signum fecit...*). Obsérvese que para la designación de los sermones de este catálogo he usado el *thema* correspondiente a cada uno de ellos. El autor de la *Relación a Fernando de Antequera* (ed. Pedro M. Cátedra, *Sermón ...*, pp.665-672) corrobora la edad de 8 años del Anticristo en el 1411, pues su informe recoge este mismo dato en el traslado que hace del sermón de fray Vicente con *thema Reminiscamini quia Ego...* (véase p. 672).

viabile pensar en una fecha distinta para la predicación de este sermón que la ofrecida por Martín de Riquer, dada la concomitancia de detalles que, aportados por este investigador, concurren para datarlo el 12 de junio de 1416. Resta ya, por tanto, estimar un posible error de transmisión textual o un mal entendimiento en la *reportatio*, todo lo cual garantizaría una explicación para este evidente descuido, pues las fechas de los sermones anteriores y de la carta remiten ineludiblemente a los trece años que habría de tener el Anticristo cuando fue predicado este sermón. Consideraré así este hecho, como un fallo involuntario, y me referiré en adelante a esta edad siempre que aluda al sermón de la "Feria VI (Post Pentecostes)" de 1416.

A pesar de este desajuste, resulta sobre todo significativa la continuidad de pensamiento que se aprecia entre el sermón de Toledo y el de Albi, predicados con casi un lustro de separación desde que Vicente Ferrer proclamara los ocho años del Anticristo en el 1411. De esto se deduce que, a lo largo del tiempo, el fraile dominico siguió dando crédito firme a una declaración que, mientras predicaba en el norte de Italia en la región de Lombardía, le hizo un eremita muy devoto para anunciarle el reciente nacimiento del Anticristo. No se olvidó, por tanto, de este episodio, que él recuerda, al menos, en dos de los sermones de este catálogo y en la carta a Benedicto XIII (más adelante me referiré a éste), y que denota la perseverancia con que mantuvo esta idea en su interior, según se desprende de las declaraciones de los años citados.

Las escasas referencias a la edad del Anticristo que aparecen en sus escritos conservados, en contraste con la iterativa proclamación de la cercanía de este personaje y del fin del mundo, se deben quizá a una prudente actitud de Vicente Ferrer, a tenor de sus palabras dirigidas a Benedicto XIII, al que escribe que, si bien en su mente estima con verosimilitud que ya el Anticristo tiene nueve años, no considera esto un conocimiento seguro y predicable, "licet non scientia certa, et praedicabilis"²⁷. El crédito real que hemos de conceder a esta afirmación parece estar desmentido, no obstante, por los hechos, puesto que en varios sermones confiesa con autoridad la certeza de la edad del Anticristo en ese instante y lo demuestra además con diversos argumentos a los que otorga una razonable credibilidad. Así, en la conclusión del sermón con *thema Reminiscami quia Ego dixi vobis*, reitera su propia creencia en estos términos:

Mas, por conclusión, digo e firmo que aýna e mucho aýna. E quien lo quisiere creer, créalo. E muchos serán engañados, porque dirán: -"¿Cómo puede ser?". E yo vos digo que lo creo. E ha ocho años que es nascido Antichristo²⁸.

Sorprende, en verdad, esta credulidad de Vicente Ferrer, sustentada en una serie de testimonios personales directos y no en un cálculo cronológico de la duración del mundo, según la vieja periodización de su desarrollo evolutivo en siete edades, modelo que parte del Génesis y cuya aplicación a la historiografía se encuentra ya insinuado en la *Carta a Bernabé*, texto escrito a fines del siglo I

²⁷ Vidal y Micó, *ob.cit.*, p. 587.

²⁸ Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, p. 573. Todavía, casi a continuación, vuelve a insistir: "E esto vos digo por conclusión, e yo vos digo otra vez que lo creo bien". Un poco más arriba, diferenciando opiniones (lo que, tal vez, ayude a entender el sentido de las palabras que dirige a Benedicto XIII), advierte: "... E estos dos religiosos que lo han visto, que es nascido el Antichristo. E díxelo: -"Amigo, yo lo predicaré que me lo dixistes vós, mas non le porné por conclusión". E dígosvolo rrezando, mas yo lo creo en mi coraçón", p. 572.

o en el primer tercio del II²⁹. Esta división en siete períodos de mil años, aunque en muchos casos los autores no respetaron esta cifra exacta³⁰, se descubre también en algunos sermones de Vicente Ferrer, quien recurre a diversas comparaciones para establecer los períodos sucesivos de la historia de la humanidad o de la Iglesia, abocados necesariamente a un último tiempo en el que aparecerá el Anticristo. Así lo hace en el sermón con *thema Ecce positus est hic in ruinam*, donde emplea imágenes tomadas del libro de Daniel; en el *Erunt signa in sole et stellis*, que ofrece un paralelismo con las fases lunares; o en el *Prodigium et signum fecit...*, en el que un símil con las diez plagas de Egipto le sirve para representar la evolución de la historia del mundo³¹. Sólo en el sermón que predicó en Tortosa el 1 de julio de 1413, el que lleva el *thema Impletum est tempus pariendi*³², he encontrado las tópicas siete edades, que Vicente Ferrer establece de acuerdo con la siguiente periodización: desde Adán hasta Noé, Noé/Abrahán, Abrahán/Moisés, Moisés/David, David/transmigración de Babilonia, Babilonia/Jesucristo y Jesucristo/fin del mundo. Ninguna cronología explícita se abre paso, sin embargo, en esta enumeración para cada una de las edades, caso contrario a lo que sucederá sólo cuatro años después con el citado autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo*, el cual sí asigna a cada una de ellas una precisa temporalidad, excepto a la sexta que es para él la última edad del mundo; la séptima, en cambio, "se cumplirá después del juicio" y no tendrá fin³³. Vicente Ferrer, y es la única ocasión en la que he descubierto en su obra una afirmación semejante, sólo se referirá, sin más análisis y explicaciones, a la duración de esta séptima edad:

Et quantum duravit ista etas? Dico quod mille et
CCCCXXXIII annos et ideo persuasi bene possumus
dicere, quod non durabit multum³⁴.

¿Qué motivo ha conducido al fraile dominico a proponer esta sorprendente conclusión, según la cual para el cumplimiento de sus repetidas palabras "aýna e mucho aýna e mucho en breve" sólo quedaban ahora unos veinte años? Creo que la respuesta no debe buscarse en los tradicionales cómputos cronológicos, sino en la misma razón que le llevó a proclamar en diversos lugares que el

²⁹ Ed. Daniel Ruiz Bueno, en *Padres Apostólicos*, Madrid, BAC, 1965, vol. 65, pp. 729-810. Véase la alusión al fin del mundo, pronosticada para el séptimo día, en p. 802. Con todo, será Agustín de Hipona quien consagre este paralelismo entre los días de la creación del mundo y la duración de la historia humana, según lo refleja en su *De civitate Dei*, libro XX, cap. VI. Los autores medievales (Beda, Julián de Toledo, Beato de Liébana, Arnaldo de Vilanova, Poncio Carbonell...) recordarán con frecuencia esta visión historiográfica.

³⁰ El *Libro del conocimiento del fin del mundo* (ms. 9-2176 de la BRAH, ff. 14r.-29v.,) ofrece uno de estos casos (véase el cap. "Cómo se prueba en VII maneras cómo el mundo deve aver ffin brevemente", ff. 14v.-15v.). También en Vicente Ferrer, como veremos enseguida, no se da un ajuste a esta estricta cronología.

³¹ Véanse éstos en Pedro M. Cátedra, *Sermón ...*, pp. 635-660; Manuel Betí Bonfill, "Del sermonario morellano de san Vicente Ferrer. *Secunda Dominica Adventus Domini. La segona lançà*", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 31, 1955, pp. 126-136 y J. Sanchis Sivera, *ob.cit.*, pp. 197-208.

³² Ed. Josep Perarnau, "La compilació de sermons de sant Vicent Ferrer de Barcelona, Biblioteca de Catalunya, Ms. 477", *Arxiu de Textos Catalans Antics*, 4, 1985, pp. 213-402. El sermón citado se encuentra en las pp. 253-260.

³³ Véase nota 30.

³⁴ Ed. Josep Perarnau, *ob. cit.*, p. 256.

Anticristo tenía cumplido entonces un determinado número de años. Si relacionamos estos dos hechos, encontraremos la explicación correcta a este aspecto trascendental del pensamiento escatológico de Vicente Ferrer. Como puede apreciarse (recuérdese lo dicho a este respecto para el sermón nº 5 del catálogo), una línea de absoluta coherencia une a lo largo del tiempo todas sus afirmaciones sobre detalles tan concretos como la edad del Anticristo y, según podremos comprobar, su año de nacimiento, que remite necesariamente a la fijación de una cronología aproximada para la culminación del mundo. Esto anula, junto con todos los demás componentes de su predicación apocalíptica, cualquier sospecha de que las creencias de Vicente Ferrer en esta materia estuviesen dictadas tan sólo por las circunstancias del momento o por el afán exclusivo de conducir a su auditorio hacia actitudes más comprometidas con la fe y la moral, además de la ansiada conversión de los judíos; "el terror didáctico" no era, pues, un recurso vacío de contenido para el fraile dominico, sino que éste se convertía en la consecuencia de un acontecimiento que latía profundamente arraigado en su interior. Sólo así se explica su conducta a través de los años y las palabras que, sin ningún viso de falsedad, escribió al papa Benedicto XIII para exponerle el conjunto de sus ideas sobre el Anticristo y el fin de los tiempos.

Pero tornemos al punto de partida de estas últimas observaciones e indaguemos en el origen de su creencia en torno a la supuesta edad del Anticristo. Si este conocimiento no procede de un cálculo basado en la tradicional sucesión de las edades, ¿dónde se encuentra la fuente informativa de la que extrajo Vicente Ferrer este dato singular? Como he comentado en páginas precedentes, son varias las ocasiones en las que el predicador valenciano transmite la edad actual del Anticristo, detalle que comunica a sus oyentes al menos en cuatro localidades distintas (cinco con la epístola a Benedicto XIII), entre los años de 1411 y 1416. Ya me he referido a una declaración que en la Lombardía le hizo un eremita muy devoto, así lo califica Vicente Ferrer, para advertirle del nacimiento del Anticristo. Este testimonio forma parte de una serie de "ocho razones e provaçiones" alegadas por el fraile dominico ante su auditorio de Toledo, para demostrar que el "hijo de perdición" y el fin del mundo eran ya inminentes. Estas mismas razones, adicionadas en tres más y alteradas en el orden de su exposición y en algunos datos concretos, vuelve a aducirlas cinco meses después en otro sermón predicado durante este itinerario por tierras de Castilla. También en la carta a Benedicto XIII, con ligeras variantes y algunas omisiones o añadidos, se reiteran estos argumentos, que dejan constancia, una vez más, del valor que les confería Vicente Ferrer³⁵. Sin embargo, entre todas estas muestras probatorias destaca la mención del eremita de Lombardía, ya que sólo ésta suministra una información bastante precisa que me permite localizar las coordenadas históricas en las que fue realizada esta confesión³⁶.

Antes de centrarme en su análisis, básico para fijar con la máxima exactitud la fecha de nacimiento del Anticristo, según Vicente Ferrer, conviene advertir que, dada la correspondencia entre los sermones donde declara este detalle, junto con la seguridad del año en que fueron predicados (incluso del mes y el día para casi todos ellos), es posible averiguar, retrocediendo en el tiempo, el

³⁵ Todos ellos son experiencias personales vividas por el predicador o testimonios recibidos a lo largo de su dilatado itinerario apostólico. Pueden consultarse en Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, pp. 570-573; *Opera omnia*, pp. 89-90 y en F. Vidal y Micó, *ob.cit.*, pp. 584-587.

³⁶ Ésta se encuentra en las pp. 571-572, 89 y 586 de las respectivas obras citadas en la nota anterior.

momento aproximado en el que se le hizo la declaración de Lombardía. De este modo, si en 1411 afirma en los sermones pronunciados respectivamente en Toledo y Ayllón el 8 de julio y, tal vez, el 24 de septiembre que entonces el Anticristo tenía ocho años, y unos meses más tarde, el 9 de diciembre, precisa que ahora contaba con ocho y medio, es fácil calcular el año en el que el referido eremita le transmitió la noticia de que el Anticristo ya había nacido recientemente. Completan esta información la carta a Benedicto XIII y, sobre todo, el sermón predicado en Albi el 12 de junio de 1416, ya que gracias a este último, en el que el Anticristo había de tener cumplidos "trece" años, se hace posible la formulación de una interesante hipótesis: como el 9 de diciembre de 1411 el Anticristo tenía ocho años y medio, esto quiere decir que hubo de cumplir los ocho hacia el mes de junio (recuérdese que el 8 de julio de 1411 se mencionan aún sus ocho años), lo que concuerda también con este sermón de Albi predicado cinco años más tarde. Ya que en éste Vicente Ferrer debería haber mencionado, a tenor de las investigaciones de Martín de Riquer sobre su fecha de predicación, y en perfecta correspondencia con los otros sermones, los trece años del Anticristo el día 12 de junio (el 9 de diciembre tendría trece y medio), se puede concluir que para el fraile dominico esta edad estaría recién cumplida y que, por lo tanto, su natividad se habría producido en torno a la primera decena de junio. No obstante, esto no puede convertirse en una conclusión definitiva, pues cabe pensar que, cuando se habla de edades, no suelen precisarse con rigor los meses que exceden a los años exactos; así lo confirma el mismo Vicente Ferrer, que atribuye ocho años al Anticristo en julio y en septiembre, según queda consignado en los sermones de Toledo y Ayllón (véase el cuadro copiado más arriba). De todo esto que antecede se extraen dos conclusiones básicas: la primera, a la que debemos conceder absoluta seguridad, es que Vicente Ferrer, al referirse en varios sermones y en la carta a Benedicto XIII a la edad concreta del Anticristo en ese instante, da pruebas evidentes de que conocía cuándo había tenido lugar el nacimiento de este personaje. Mediante un cálculo regresivo, efectuado a partir de las menciones que hace de su edad contemporánea, se deduce que el Anticristo hubo de nacer en el año 1403, que sería, por otra parte, el año en el que recibió la singular confesión de Lombardía. La segunda conclusión, menos precisa, aunque bastante verosímil, sustenta la hipótesis de que este nacimiento se habría producido en la primera decena de junio, verificado a raíz de la comparación entre las referencias contenidas en los sermones predicados el 9 de diciembre de 1411 y el 12 de junio de 1416, que posibilitan el desarrollo de este cálculo.

Al margen de todas estas pesquisas cronológicas, se hace necesario analizar ahora con más detalle la confesión del devoto eremita de Lombardía, pues, si ésta pudiera ser localizada en sus coordenadas de espacio y tiempo, suministraría una información esencial para la certificación del año y el mes en los que, supuestamente, había nacido el Anticristo. El dato lo transmite Vicente Ferrer en tres ocasiones (escritos nºs. 1, 3 y 4 del catálogo), aunque con ciertas variantes de importancia; sin duda, la más notable es la diferente denominación aplicada a la villa en donde el fraile dominico se hallaba cuando vino a buscarle el citado eremita, debida con toda probabilidad a un error de transmisión en la copia. Así, mientras que en la carta a Benedicto XIII no se menciona ninguna localidad concreta, en el sermón toledano y en el de Illescas o Valladolid se detalla el lugar donde Vicente Ferrer predicaba en ese momento durante su recorrido por tierras del norte de Italia. Transcribo a continuación los breves fragmentos que recogen este dato:

La terceira, buena gente, es que ocho años son passados que yo predicava por Lombardia en una villa que llaman Channas.

Quartum argumentum est de Marchionatu de Monferrat, in villa de Chaves³⁷.

Por fortuna, un testimonio emanado del mismo Vicente Ferrer permite una reconstrucción genérica de su itinerario italiano entre los años de 1402 y 1403. Se trata de una carta escrita en Ginebra el 17 de diciembre de este último año y que, dirigida al Maestro de la Orden de Predicadores Juan de Puynoix, suministra detalles geográficos y cronológicos que me van a servir para esclarecer algunos de los problemas que ofrecen declaraciones como las transcritas más arriba. En esta carta, después de revelar Vicente Ferrer que ha permanecido predicando tres meses en el Delfinado, afirma que también ha estado trece meses completos en Lombardia y que lleva ya otros cinco en Saboya³⁸. Con estos datos, retrocediendo en el tiempo a partir de la fecha consignada en la carta, se puede trazar un mapa cronológico de su predicación en Italia por estos años; de esta manera, es posible ubicar su estancia en Lombardia entre junio de 1402 y julio de 1403³⁹. Como vemos, y en principio, encaja perfectamente entre estas fechas la referida declaración sobre el nacimiento del Anticristo, efectuada en Channas o Chaves por un santo eremita a Vicente Ferrer, según lo expresa en los sermones que predicó en julio y diciembre de 1411. Además, por medio de esta carta, también se dilucida la aparente contradicción en la referencia a Lombardia y al marquesado de Monferrato, porque el fraile dominico incluye a este último como parte de la región lombarda, ya que durante sus trece meses de predicación en este dominio territorial penetró también en el citado marquesado, sin que haga una alusión expresa a un tiempo concreto transcurrido en el mismo⁴⁰.

Más complicada se presenta la localización de la villa donde se encontraba Vicente Ferrer cuando vino a visitarle el famoso eremita; todavía encierra más dificultades conocer la fecha en la que este encuentro se produjo, puesto que la carta a Juan de Puynoix nada clarifica en este sentido y, además, sólo refleja una topografía muy reducida. El estudio realizado por Umberto Carmarino, que señala también la imposibilidad de acceder a un conocimiento detallado de todo el itinerario de Vicente Ferrer durante este primer viaje a Italia⁴¹, me ha

³⁷ *Ib.*, excepto p. 89, que se corresponde con la carta a Benedicto XIII y que contiene, con ausencia de la mención a la localidad lombarda, pero con el añadido de que el devoto y santo varón procedía de Toscana, la misma versión que estos dos sermones.

³⁸ "Completis autem tredecim mensibus continuus in Lombardia, intravi Sabaudiam, jam sunt quinque menses elapsi". Esta carta ha sido editada, si bien otros autores lo hicieron con anterioridad, por Adolfo Robles Sierra, *ob.cit.*, pp. 182-184.

³⁹ Este mismo cálculo ya lo hicieron Sigismund Brettle, *San Vicente Ferrer und seine literarischer Nachlass*, Münster in Westf, Aschendorffschen Verlagsbuchhandlung, 1924, p. 50, y Umberto G. Carmarino, "I viaggi di S. Vincenzo Ferreri in Italia", *Memoriae Domenicane*, 4, 1955, pp. 273-288, (véanse, sobre todo, pp. 276-280).

⁴⁰ En la carta, en efecto, sólo se refiere al año y un mes que estuvo predicando en Lombardia e incluye dentro de ésta al Monferrato: "... transivi in Lombardiam, ubi continue predicavi per annum et mensem in cunctis civitatibus, villis et castris vestre obedientie et ultra, scilicet in dominio marchionis montis Ferrati, et ad requestas multas et rogamina sui et suorum". Adolfo Robles Sierra, *ob.cit.*, p. 182.

⁴¹ "Dobbiamo purtroppo contentarci d'un tracciato generico e di congetture, sia pure assai probabili", *ob.cit.*, p. 277.

proporcionado, sin embargo, varios indicios que me han permitido una aproximación tanto al lugar como al tiempo en el que al fraile de Valencia le comunicaron que ya había nacido el Anticristo. Desde junio de 1402, en el que hizo su entrada en Italia, tal vez, por el Monginevro, hasta julio del siguiente año, recorrió, como él mismo recuerda en la carta al Maestro de Predicadores, la Lombardía, que, según parece, identifica con todo el noroeste italiano, ya que no establece ninguna diferenciación con el actual Piamonte, en donde se sitúan hoy día ciudades como Turín, que fue visitada por Vicente Ferrer⁴². A lo largo de todo este itinerario no he encontrado en los mapas actuales ninguna villa o pueblo que pueda asociarse con el topónimo Channas, localidad que se cita en el sermón de 1411 predicado en Toledo. En cambio, la mención de Chaves en el sermón de diciembre de ese mismo año ha sido corroborada con una localización positiva. Varias ciudades y pueblos del norte italiano ofrecían la posibilidad de ser relacionados con este topónimo, que, tal vez, debido a una alteración fonética a causa del proceso de transmisión de las copias, podría haber modificado su forma original. Así, localidades como Chieri, Chiavazza, Chivasso o Chiavenna se presentaban como posibles emplazamientos, sobre todo esta última, puesto que, dada su similitud léxica con los nombres de Channas y Chaves, habría podido confluír en algún momento en cualquiera de estas dos denominaciones. Sin embargo, el hallazgo en los mapas de un pequeño pueblo situado al noroeste de Turín disipó todas estas dudas y me confirmó, no sólo por la identidad entre los nombres, sino por otras razones de mayor peso, que la villa en la que a fray Vicente Ferrer se le comunicó el nacimiento del Anticristo no pudo ser otra que el actual pueblecito de Chiáves.

E en aquella villa non avemos monesterio, sinon los frayres de sant Françisco, e yo posava con ellos. E estando ay, vino a mí un hermitaño que non vestía otra cosa sinon cáñamo. E, segúnd a mí paresçía, era omne de buena vida. E dixome: –"Padre, yo vengo a vos, que me dixieron que predicávades la fin del mundo e del aveni-miento del Antichristo"...⁴³

Otros datos que corroboran esta hipótesis se desvelan a partir de la misma carta a Juan de Puynoix, ya que Vicente Ferrer enumera en ella varios valles alpinos en su itinerario hacia tierras del condado de Saboya, donde entraría en torno a julio de 1403. Entre estos valles, uno de ellos, el de Lanzo, se encuentra precisamente en las inmediaciones de Chiáves, villa que, en las cambiantes fronteras de la época, se aproximaba a los límites de Saboya y que, además, se

⁴² Aquí estuvo, como lo acreditan documentos históricos de este municipio, el 16 de agosto y el 3 de septiembre de 1402. A esta ciudad regresó probablemente después de enero de 1403, tras haber recorrido diversas tierras y ciudades del norte (Chieri, Moncalieri, Alessandria, Piacenza, Monza, etc.) En el castillo de Trino, en los dominios del marqués de Monferrato, visitó a Margarita de Saboya, esposa de este último, en el citado mes de enero del año 1403. *Ib.*, pp. 278-280.

⁴³ Este fragmento, perteneciente al sermón con *thema Reminiscamini quia Ego dixi vobis* (ed. Pedro M. Cátedra, *Sermón...*, véase esta cita en p. 571), aunque incluye el topónimo Channas, menciona otro dato de interés: la existencia de un monasterio franciscano en esta villa, donde se alojaba Vicente Ferrer cuando vino a buscarle el famoso ermitaño. Actualmente, en Chiáves sólo existe una iglesia parroquial del siglo XVII, aunque no lejos de esta localidad, en Monastero di Lanzo, se conserva una torre con campanario del siglo XII, único resto de un antiguo monasterio.

interponía en la ruta hacia el norte seguida por el predicador dominico⁴⁴. Este camino le conduciría, como él mismo escribe en la carta, a ciudades como Aosta, dentro del marco geográfico próximo a Chiáves y ya orientado en el itinerario hacia Ginebra.

También, gracias a la indicación que asocia esta villa de Chiáves con el marquesado de Monferrato, se consolida la hipótesis de que fuera en esta localidad donde se encontraba Vicente Ferrer cuando recibió la noticia del nacimiento del Anticristo: Chiáves, en efecto, quizá perteneció a este marquesado (convertido en ducado en 1675 por Maximiliano II), según se desprende de una representación en un mapa moderno en el que se aprecia que los límites del Monferrato prácticamente lindaban con este lugar a finales del siglo XV⁴⁵. Por tanto, es probable que, como advierte Vicente Ferrer en el sermón de diciembre de 1411, Chiáves estuviera dentro de las tierras de este marquesado en estos años o, al menos, así, por su proximidad, le hubiera parecido al predicador dominico. Por otra parte, aunque es difícil de verificar la cronología de su estancia en el monasterio franciscano de Chiáves, debido a la carencia de noticias documentales directas, es casi seguro que ésta se produjo antes de julio de 1403 o todo lo más en sus primeros días, ya que a partir de este mes hubo de internarse en tierras del condado de Saboya, como se extrae del cálculo que he citado en páginas anteriores (véase nota 38); incluso es factible conjeturar, en perfecta coherencia con deducciones extraídas de sus palabras, que, si el Anticristo nació en la primera decena de junio, su presencia en Chiáves tuviera lugar a fines de este mismo mes o poco más, puesto que, de este modo, el santo eremita que le advirtió de este nacimiento habría tenido el suficiente tiempo para trasladarse desde la Toscana, donde él mismo recibió esta noticia, hasta la villa que albergaba entonces a Vicente Ferrer, quien recordará nueve años después al papa Benedicto XIII algunos de estos detalles referidos⁴⁶. Hubo de transcurrir, por tanto, un lapso temporal que no resulta fácil de precisar ahora (entre quince o veinte días, tal vez), pero que no puede ser tan amplio como para permitir que estos episodios (comunicación al eremita, viaje desde Toscana y contacto final con Vicente Ferrer) desborden la secuencia cronológica del itinerario italiano, expuesta en la carta por parte del propio predicador dominico.

Esta misma conclusión se ve reforzada en algo con el apoyo de tradiciones locales que lo sitúan en Trino, cerca de Casale, capital del Monferrato, en enero de 1403⁴⁷; quizá cabe suponer, aunque siempre con las debidas cautelas de toda hipótesis reconstructiva, que no se decidiera a cruzar los valles alpinos al

⁴⁴ A lo largo de este recorrido, transitará, ya dentro de Saboya, por las cuatro principales diócesis de Aosta, Tarantasia, Morienna y Grenoble, según se lo comunica en la carta a Juan de Puynoix, véase A. Robles Sierra, *ob. cit.*, p. 183. Dentro de este itinerario se encuentra la ciudad de Annecy, próxima ya a Ginebra, en donde predicó en septiembre de 1403, Umberto G. Carmarino, *ob. cit.*, p. 280. En cuanto a Chiáves, aparece anexionado al estado saboyano en el siglo XV (fue Amadeo VIII quien en 1419 incorporó definitivamente el Piamonte a sus posesiones), según he podido observar en un mapa moderno que reconstruye los territorios de éste durante este periodo, *Enciclopedia italiana di scienze, lettere ed arti*, Roma, 1934-1942, t. 30, p. 941.

⁴⁵ Alejado de la capital Casale, en un dominio aparte del núcleo de Monferrato, entre Ceres y Pessineto, está Chiáves. Véase este mapa (en la zona marcada en torno a Corio, ya que Chiáves no aparece mencionado) en la *Enciclopedia italiana...*, t. 23, p. 658.

⁴⁶ "Nan cum ego praedicarem in partibus Lombardiae prima vice (modo jam sunt novem anni completi) venit ad me de Tuscia ille Vir missus (ut dicebat) a quibusdam sanctissimis eremitis in partibus Tusciae...", F. Vidal y Micó, *ob. cit.*, p. 586.

⁴⁷ Umberto G. Carmarino, *ob. cit.*, p. 280.

menos hasta el comienzo de la primavera, y que la distancia en torno a los noventa kilómetros que en la actualidad hay por carretera entre Trino y Chiáves la realizara con paradas sucesivas en las numerosas poblaciones de este itinerario, lo que fácilmente, y con toda verosimilitud, explicaría su estancia en esta villa hacia la segunda mitad de junio, muy cerca ya de los límites del condado de Saboya, lo que ratifica de nuevo la cronología que refiere en su carta.

De todo lo expuesto se deduce una lógica conclusión que fray Vicente Ferrer asumió con una profunda certidumbre, ya que confirmaba una sólida creencia, eso sí, bastante maniática, que, también por otras vías demostrativas, había arraigado en su pensamiento: la cercanía del fin del mundo y la inminente aparición pública del Anticristo. Esta idea imprecisa tomaba contornos definidos con la declaración del eremita venido desde la Toscana a Chiáves, quien en 1403 acudió hasta el fraile dominico, porque, ya en ese año, la fama de Vicente Ferrer como predicador del "avenimiento del Anticristo" debía de haberse extendido por numerosos lugares del sur de Europa⁴⁸. Llovía, pues, como suele decirse, sobre mojado y, así, nunca antes estas aguas fueron a verter a mejor cauce. Por lo tanto, si fray Vicente Ferrer consideraba que el inicuo hijo de perdición había nacido hacia primeros de junio del año 1403 (es muy posible que, incluso, tuviera la certeza del día concreto en el que este hecho se produjo: ¿por qué no el día 6 de este mes sexto, en correspondencia simbólica con el famoso número apocalíptico?), se hallaba así mismo en posesión de otro conocimiento de enorme trascendencia para la historia humana y que, por medio de aquél, podía ser adquirido con facilidad. Me refiero al año y al mes en los que la destrucción del mundo, tantas veces proclamada en sus sermones, había de verificarse. El instante de este magno acontecimiento se desvela a través de la relación entre el año de la natividad del Anticristo y el inicio de su vida pública en el mundo, que, como la de Cristo (no en vano ha de ser su auténtico remedo bajo capa de apariencia y simulación), se iniciará cuando cumpla los treinta años y se alargará por un tiempo de tres años y medio (el "tempus, tempora et dimidium temporis" del libro de Daniel, 7.25). En este hecho no existe ninguna duda y, como testimonio casi coetáneo, traigo estas palabras de la versión castellana del *Libro de los grandes hechos* de Juan Unay:

Otrosí, que fuyan de donde quier que sopieren que anda el traidor Antechristus, él e sus discípulos, ca al tiempo que él ha de andar por el mundo, pregonándose que él es el mexías, sus quarenta meses despues que cumpla hedad de treinta annos...⁴⁹

Según esto, si el Anticristo vio la luz en junio de 1403, su actividad proselitista en el mundo habría de iniciarse hacia junio de 1433 y proseguirse hasta el cumplimiento de los tres años y medio, es decir, hasta diciembre de 1436. Después, aún faltarían 45 días para que la consumación se precipitase,

⁴⁸ Obsérvese el arraigo temprano de estas preocupaciones en Vicente Ferrer, insinuado ya en sus obras *De moderno Ecclesiae schismate* y *De vita spirituali*, y que ahora, si prestamos crédito a sus palabras del sermón con *thema Reminiscamini quia Ego dixi vobis*, es avalado por el testimonio del mismo eremita, reproducido por Vicente Ferrer: "E dixome: «Padre, yo vengo a vos, que me dixieron que predicávades la fin del mundo e del avenimiento del Anticristo». E yo dixee que ssi". Pedro M. Cátedra, *ob. cit.*, p. 571.

⁴⁹ Ms. 8586, B.N.M., f. 9r. La transcripción completa de este texto puede encontrarse en mi libro *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, pp. 405-425.

pues este breve lapso de tiempo es imprescindible, como reconocen todos los exegetas y visionarios (así lo hace también Vicente Ferrer)⁵⁰, para permitir que los hombres pecadores se convirtieran *in extremis*; esto supone que el auténtico fin del mundo, en el que tal vez pensara el predicador dominico, no iba a producirse hasta aproximadamente enero de 1437. Sólo en el sermón predicado en Tortosa el 1 de julio de 1413, según mis datos y como ya he advertido en páginas anteriores, se refirió al año concreto en el que habría de concluir la séptima edad del mundo, a la que estima una duración de 1433 años. Aquí, la coherente hilatura del pensamiento vicentino en materia escatológica y el perfecto encaje entre los hitos de esta historia vuelve a ponerse en evidencia con la relación entre los años de 1403 y 1433. Creo que Vicente Ferrer, que tan riguroso se muestra en el manejo de los datos cronológicos, no habría caído en el error pueril e injustificable de concebir este último año como el de la definitiva conflagración, sino que más bien se estaría refiriendo con él al inicio de los tiempos apocalípticos, marcados por la presencia visible del Anticristo y su predicación en el mundo. Nada autoriza a pensar en otra posibilidad, cuando resulta tan patente que, según las referencias que en distintos años y circunstancias hizo de la edad del Anticristo, éste no pudo nacer sino en el año 1403.

Después de las diferentes observaciones que a lo largo de este artículo he hecho a determinados aspectos de la escatología de Vicente Ferrer y, relacionado con esto, a algunos detalles cronológicos y geográficos de su predicación, la famosa e imprecisa frase finalista "cito, bene cito ac valde breviter", que acompañó su itinerario apostólico y llenó el fondo de su pensamiento, se me revela ahora con un carácter más concreto, también más dramático para aquella época, ya que detrás de estas palabras se escondían los meses y los años en los que dos acontecimientos decisivos habrían de sacudir en un futuro inminente al mundo del siglo XV. No sé si la predicación de los sermones apocalípticos, incluso también la carta a Benedicto XIII, guarda alguna afinidad con la probable fecha del nacimiento del Anticristo, pero me parece curioso, aunque tal vez sólo sea una fortuita coincidencia, que la mayor parte de ellos fueran pronunciados en los meses de junio y julio, próximos, por tanto, a una fecha que Vicente Ferrer tendría bien afianzada en su pensamiento. Sin embargo, a pesar de esta convicción tan honda y de la credibilidad prestada al santo eremita que vino a su encuentro en Chiáves, se equivocó el ardiente predicador dominico, pues el Anticristo no había nacido fatalmente en 1403 ni el mundo se vendría abajo en 1437; erró con ingenuidad, aunque sin malevolencia, como también erraría después el responsable anónimo de la *Carta del rey de Armenia*, que dejó escrito que un 25 de enero de 1465 se había producido el nacimiento del Anticristo⁵¹.

José Guadalajara Medina

⁵⁰ "E, así, que después que el Antichristo averá reynado tres años e medio, este mundo durará quarenta e çinco días, por que se arrepianta toda la gente", Pedro M. Cátedra, *Sermón ...*, p. 562.

⁵¹ Editada por M^a Teresa Herrera, "Dos cartas apocalípticas en un manuscrito de la Universidad de Salamanca", en *Salamanca y su proyección en el mundo* (Estudios Históricos en honor de don Florencio Marcos), Salamanca, 1992, pp. 637-643.